

Un día de mi vida como maestra rural es...

Un día de mi vida haciendo lo que me gusta, lo que amo, por lo que siento vocación, como lo es la docencia, es tan difícil contarlo en pocas palabras.

Relatar lo que es un día de mi vida en la escuela rural en la cual desempeño mis labores, no es nada sencillo, pero comenzaré por contar que al ser mi primer año como maestra, y más poniéndole el tinte de “maestra rural”, es realmente emocionante.

El maestro rural, como tantos y como yo, comenzamos nuestra jornada laboral, o mejor dicho nuestra “semana laboral”, los días Lunes. Mis lunes comienzan muy temprano en la mañana, eso de las 4 la madrugada me levanto, me doy una ducha y apronto mi tan adorado y querido mate amargo, ese mate que para muchos es un buen compañero de ruta. Entre mate va y mate viene procuro no olvidarme de guardar nada en mi portafolio y mi bolso de viaje, nada que pueda serme útil en la semana; guardo mis libros, mis carpetas de planificaciones, computadoras y tablet ceibal, agendas, carpetas de planillas, libros administrativos de la escuela, llaves, y otras tantas cosas más.

A eso de las 5 y algo de la mañana salgo de mi casa (ciudad) y voy camino a la “parada” de ómnibus que me llevará hasta la localidad más cercana a mi escuela rural. El viaje dura una hora, en ese momento me gusta contemplar el paisaje por la ventanilla, el sol va asomando despacio. Es un tiempo que me permito disfrutar.

Luego de haber recorrido 56 km por ruta, llego a la localidad conocida como Piedras Coloradas perteneciente al Departamento de Paysandú, ya son cerca de las 7 de la mañana. Observo como tantas otras maestras también llegan a sus lugares de trabajo en esa localidad, son muchas. Pero me toca esperar un rato más, si, esperar “el tiraje”, como decimos en la campaña. “El tiraje” que me lleva hasta la escuela, hasta mi escuela rural. Desde Piedras Coloradas recorreremos 20 km por camino vecinal, o mejor dicho, camino de tierra, por donde no hay transporte, no hay población cercana. El camino “se pone feo” cuando llueve, eso si es un desafío, pensar en que no crezca el arroyo (Arroyo Sarandí, el mismo da cruce para el pueblo de Puntas de Arroyo Negro, si su cauce crece, no permite el cruce, dejando el pueblo aislado). Pensar en que no se venga un temporal y quedar sin pasar, esto encierra muchas cosas, sino pasas no llegas a la escuela, y sino llegas a la escuela los niños se quedan sin clases, con todo lo que esto conlleva...

En fin, son más de las 7:30 de la mañana, llego a la escuela, llego a mi lugar de trabajo, llego a mi segundo hogar, así lo es para mi, ya que vivo en este lugar de lunes a viernes, y siento la comodidad misma de un hogar confortable, agradable, donde nunca encuentro lugar para el aburrimiento.

Mis primeras tareas al llegar son abrir la Institución, abrir ventanas y cortinas, iluminar y ventilar el salón de clases, izar el Pabellón Nacional, como todos los días. Es una sensación de satisfacción al ver nuestra bandera flamear en lo alto del mástil.

Me queda tiempo hasta las 10 que comienza el horario de clases, aprovecho para organizar las planificaciones que se trabajarán en la jornada, mientras me preparo un rico café con leche acompañado siempre de algo dulce para quitar el sueño.

El pueblo se ve tranquilo a primeras horas de la mañana, los padres de familia salen hacia sus trabajos, algunos recorren los 20 km en moto para ir a sus lugares de trabajo, otros, trabajan en puestos o estancias más cercanas, a unos 4 o 5 km. Las vecinas comienzan con sus quehaceres domésticos, otras salen a caminar. Lentamente los pocos habitantes del pueblo se van movilizando para realizar sus actividades diarias.

La hora de la clase se va acercando, llega en su horario habitual, Carmen, ella es la persona que nos acompaña en la escuela y cumple las tareas de limpieza y cocina; la escuchó llegar con un - "Buen día Maestra ¿cómo pasó?"- ella es quien prepara la leche con cocoa, "calentita", para cuando lleguen los alumnos.

Soy maestra unidocente, es decir que debo cumplir con el rol de directora y maestra a la vez- yo lo llamaría maestra "multitarea" porque las tareas para realizar en una jornada son múltiples.

Ser "maestra multigrado"...esto si es un gran desafío, quién lo fue o quien lo es ahora, sabrá de lo que estoy hablando; para los demás, solo me detendré en una simple descripción. Recibir a diez niños, todos de diferentes edades, de diferentes grados y diferentes niveles de aprendizaje, todos ellos, todos, en un mismo salón de clase, en el mismo aula.

Comienzan a llegar unos quince o veinte minutos antes de la hora de entrada, algunos de ellos toman la taza de leche que les preparó Carmen, otros, mientras tanto, esperan en el salón al resto de sus compañeros. Algunos de ellos recorren 5 km para llegar a la escuela, otros, solo deben cruzar la calle que los separa de la escuela. Son "realidades diferentes", desafíos diferentes, pero sin dudas, cada uno de ellos, "mis diez pichones"-como me gusta llamarlos- cada uno de ellos sabe la responsabilidad que amerita acudir a clases, todos los días, "llueva o truene", ellos están ahí.

Recibo a mis alumnos todos los días con tiernos besos y abrazos como se lo merecen, con todo el cariño que se merecen, con todo el respeto que se merecen, valga la redundancia. No se si "caí en el lugar perfecto" o será mi gran amor por la enseñanza, que hacen en que cada día sea mejor. Somos una gran familia, donde cada uno de nosotros cumple con una función, además de todo lo que encierran los contenidos didácticos-disciplinarios, nosotros nos acompañamos en cada momento del día, somos compañeros, somos confidentes, ya que en las horas que estamos en clases, mi rol como maestra no es el único.

Soy amiga, confidente, cómplice, soy un poco de mamá y de papá, un poco de doctora, un poco psicóloga, un poco maga, otro poco payaso-cómica, un tanto abogada y escribana, auxiliar contable y administrativa, constructora, pintora, sanitaria y electricista...si, así es, yo, como otros tantos unidocentes, somos eso y otras tantas cosas más, sin olvidar, que somos "Maestros".

No solo cumplimos éstas múltiples tareas con nuestros alumnos, también los hacemos con la comunidad, con el pueblo, con las familias de nuestros alumnos, somos, en muchos sitios, el único referente para esas familias que no cuentan con recursos ni posibilidades cuando se les presenta un problema. No intento expresar esto como una "queja" ni muchos menos, cuando se hace con vocación, con amor, con dedicación, no hay penas que valgan, lo hacemos y lo hacemos con el mayor de los gustos.

Llega la hora del almuerzo, los alumnos realizan su habitual lavado de manos y nos sentamos a comer juntos, si, juntos en la misma mesa y comemos el mismo menú todos. No falta nunca la pregunta “¿quién es el semanero hoy?”, “el semanero” es el alumno que se designa para ayudar a servir los platos en la mesa, casi siempre son dos, para que el trabajo no sea “tan pesado”, los cambiamos todos los días, aunque le seguimos diciendo “semanero”, es gracioso.

Algunos de nuestros alimentos son cosechados de la huerta que han realizado los propios niños en la escuela. La lechuga, fresca, recién “arrancada”, ensalada con lechugas, buñuelos de lechuga, milanesas de lechuga, y todo lo que sea posible para “aprovechar el recurso”, sin olvidarme de los exquisitos jugos de naranja, naranja natural bien exprimida, también son extraídas del árbol de la escuela...eso si es maravilloso. Al terminar- “¡todos a lavarse las manos y cepillarse los dientes”!-

Llegó la hora del recreo, ¡al fin!, son unos treinta minutos para que los niños puedan despejar la mente, la “mae” se toma unos minutos para ir al baño o arreglar papeles sobre el escritorio, siempre atenta y precavida “con diez ojos” sobre los niños que juegan en el patio. Cuando el sol se pone lindo también es un momento maravilloso para salir y respirar un poco de aire fresco, aire de campo, disfrutando de ver a la alegría con las que sus alumnos corren, gritan y transpiran detrás de la pelota. Es realmente hermoso ver disfrutar a esos diez angelitos.

Volvemos al salón y retomamos las actividades que estaban planificadas, ahí nos quedan otras dos horas de clases hasta la salida. Se socializan las actividades y se hace lo que llamamos “la circulación de saberes”, en este momento es cuando pensamos ¡hicimos las cosas bien!, cuando nos damos cuenta que nuestros alumnos se interesaron por la actividad, y aunque no sea mucho, todos, cada uno de los niños, en sus diferentes niveles, todos han aprendido algo nuevo hoy.

Son las tres de la tarde, llega la hora de la salida, algunos padres esperan a sus hijos en el portón de la escuela para ir de regreso a casa. Nuevamente vienen esos enormes besos y abrazos de despedida hasta hasta el día siguiente.

Nuevamente en soledad, la escuela se siente “dormir” entre el silencio, ya no se escuchan sus voces, sus risas, sus quejas. La tarde se presta para hacer tantas cosas al aire libre, pero me decido a dormir un siesta en la tranquilidad del silencio. La jornada aún es larga y queda mucho por preparar para la clase de mañana.

Ya entrada la noche, el compañero de ruta, mi mate amargo, no puede faltar sobre la mesa, rodeada de libros, cuadernos por corregir, recursos que sean motivadores para mis alumnos, me acompañan hasta la madrugada cuando el sueño comienza a vencer...y en ese momento pienso y me convengo a mi misma, que ser maestra es una profesión hermosa, pero el ser maestra rural es realmente emocionante.

Mtra. JENNIFER MORENO
Escuela N°46 “Puntas de Arroyo Negro”- Paysandú

(Mención especial)